

SALUDO A LA ACADEMIA

Señores académicos, señoras, señores:

Enemigo de exhortorios en los cuales el orador empieza por manifestar su insuficiencia — no por suficiencia mía — sino por parecerme aquello impropio, me veo hoy en el penoso caso de acogerme a aquella ritualidad, por dos motivos, que disculparán mi antiguo pensamiento.

Primero: por dirigirme a la H. Academia Antioqueña de Historia, cuyos miembros, no son únicamente buceadores de pasados acontecimientos y hombres de recónditas lucubraciones, sino brillantes paladines de la pluma y del gayo decir.

Segundo: Porque la honrosa comisión que desempeño, me la asignó el H. concejo a última hora, por impedimento de su presidente para trasladarse a ésta, y luego, por el obligado viaje del Dr. Rafael del Corral.

Qué elegante hubiera sido y cuánta emoción habría despertado este solemnísimos acto, si el verbo elocuente y encendido del Dr. del Corral hubiera repercutido en este salón, lleno de historia y de grandeza!

Excusad, pues, a este humilde secretario de la corporación; no veáis en él sus deficiencias, sino la altísima intención de sus palabras.

Bienvenidos seáis, honorables académicos. La ciudad está abierta a vuestro paso. No os ofrece galas ni festones; no os brinda el cantar de las sirenas de fábricas palpitantes con sus plumones de humo, ensombrecedores del espacio; nada del rico atavío

de ciudades populosas, que mecen su bienandanza en hamacas de realidades o de ensueños. Santa Fé de Antioquia os presenta, sí, jubilosa, su pasado de gloria, envuelto en los pendones de una raza que no ha sabido nunca inclinar la cerviz ni doblar la rodilla, a no ser para elevar al cielo el perfumado pebetero de la oración, del fervor o de la súplica.

Santa Fé de Antioquia os acoge, no como a extraños, sino como a hijos propios que son fundamento de su orgullo.

En vuestros espíritus impera ese espíritu generoso y proceros que hizo saltar en purpurinas rosas, la sangre de José María Córdoba, y en la cumbre del Bárbula, reventó en florones de libertad en el corazón indomable y traspasado de Atanasio Girardot. El fue extraído del pecho jugoso e inagotable de esta vieja ciudad, que cual ave Fénix, se renueva sin quedar exhausta. Ella todo lo ha ofrendado a sus hijos. Les dio su sangre, su nombre, su energía, su honor y su entereza, y con ello, quiere darles la vida.

Misión sagrada portáis, hija de vuestra generosidad. La Academia Antioqueña de Historia, en una profunda hora de meditación, encontró el máximo obsequio para ofrendar a la cuna de La Raza, en el IV centenario de su fundación: El retrato del padre epónimo, honesto, valiente y torturado.

Santa Fé de Antioquia presenta a la H. Academia su fervoroso reconocimiento y le expresa su gratitud alta y sincera; saluda a sus distinguidos miembros, presentes y ausentes y guarda sus nombres en el relicario del recuerdo.

Ya estáis en vuestra propia casa, oh! insigne **Mariscal** de las hazañas legendarias. Mirad el horizonte: es el mismo que hiriera hoy hace cuatrocientos años, vuestras pupilas inquietas.

No oís el rumor de la brisa que agita las palmeras y juegan en el encaje de recios y altaneros ta-

marindos? Es la misma que llevó a vuestro oído el canto doliente de la indiada, rendida al paso de vuestro corcel anhelante de luchas y victorias. Reconoced los ríos que no fueron valla al tesón de vuestro empuje. Copió vuestro penacho el Cauca, y sintió el Tonusco la herida de vuestras botas, en el rodaje de oro de las espuelas castellanas.

Contemplad la tierra. Es idéntica a la que recibió en sus entrañas fecundas, la estocada de vuestra tizona hazañera, al decirle que de entonces para siempre, sería cobijada con el manto imperial de los reyes de Castilla, y es la misma que percibió en su seno con blandura y sostuvo con placer y con desvelo, un madero vertical que se elevaba a lo alto en señal de poderío, que atravesado por otro horizontal, formaba los brazos, que desde hace veinte siglos abrazan la humanidad en un abrazo de amor y de misterio.

La Cruz y la espada, símbolos de la España vencedora y legendaria. Si la espada perdió sus dominios, la Cruz ondea por doquiera como una bandera de redención y de esperanza.

Llegásteis a vuestro hogar, oh! don Jorge Robledo. Entrad, descansad y vigilad. Repose vuestro corazón gigante sobre el corazón amoroso de la hija, que supo gozar con vuestras glorias y llorar en vuestras hondas amarguras.

He dicho.

Antioquia, diciembre 4 de 1941.

Julio Elías Ocampo